Nuestra cultura

Del glorioso movimiento nacional a la gloriosa *movida* nacional

Juan Goytisolo

1. Anecdotario iniciático

En 1969, durante mi estancia en California en calidad de profesor visitante, di una charla un tanto cultiherida en la universidad de Berkeley sobre el anquilosamiento gradual del género picaresco inspirada en las teorías de los formalistas rusos editadas primero en La Haya (1955) y divulgadas por Todorov y Kristeva en la siguiente década. La moda francesa del estructuralismo no había calado aún en los departamentos de literatura estadounidenses (pronto lo haría, con resultados desastrosos) y los nombres de Schlovski, Tinianov, Tomashevski, Eikenbaum, etcétera, resonaban en el aula peregrinos y exóticos. Recuerdo que al final de la conferencia, acogida con elocuente, ceñifruncido silencio por el organizador del acto, éste, un ilustre erudito aclimatado en aquellas remotas tierras no por razones políticas sino pecuniarias, se aferró al brazo de uno de sus auxiliares y, con aires de conspirador de ópera veneciana, le susurró unas consignas camino de la biblioteca. La misma noche, el joven ayudante de cátedra me reveló la enjundia de tan llamativo secreteo: el buen académico había anotado los nombres de los ensayistas por mí mencionados y quería verificar en el fichero del silencioso almacén del saber si aquellos rusos eran invención mía o existían de veras. Dicha Autoridad Indiscutible, aureolada de admiración y respeto en los círculos intelectuales hispanos, había arrojado a mano airada, el mismo día, a un rincón de su despacho un ejemplar de los poemas de Cernuda que yo había aconsejado a uno de sus alumnos aunque no figurara en la nómina de los poetas del siglo XX seleccionados por el Maestro. "Le conocí," dijo para aclarar su desplante. "¡Un tonto, un antipático y un atravesado! Emilito Prados y Manolito Altolaguirre eran ya otra cosa... Manolito, sobre todo, fue un gran conversador."

Esta y otras amenas e instructivas incursiones de almogávar en el predio de nuestras glorias me ayudaron a apercibirme para correrías futuras. La lectura de Blanco White, Larra, Clarín y Cernuda habían despejado el terreno, esclarecido el ámbito. Así, cuando a comienzos de los ochenta, a la salida de mis novelas *Makbara* y *Paisajes después de la batalla*, en vez de firmar ejemplares en unos grandes almacenes, decidí, de acuerdo con mis editores, leer fragmentos de las mismas en una docena de universidades a fin de habituar el oído del público a su ritmo y prosodia, la reacción de algunas lumbreras especializadas en literatura española contemporánea no me sorprendió en exceso: la mitad de ellas desapareció a la hora y el día fijados para la lectura, con o sin tarjeta de excusa; la decana de una universidad andaluza cerró incluso la puerta de la Facultad en la fecha programada so pretexto de permitir que los alumnos acudieran a Sevilla a recibir al Papa; otro profesor emérito, luego de manifestar su oposición a la presencia en el *alma mater* de un sujeto de mis características (rojo, maurófilo y otras cosas y cosillas), según me confiaron luego dos universitarios graduados, quiso apuntarse el tanto de mi presentación en un ejercicio de vacuidad gárrula que provocó la hilaridad del público. A la pregunta a mí dirigida por uno de los asistentes —"¡Sabe usted que en esta universidad estudiamos las novelas de Torcuato Luca de Tena, pero no las suyas?"—, mi introductor, con un brioso a lo hecho, pecho, le espetó en un arranque rayano en lo sublime: "¡Eh, esto lo dice usted contra mí! ¡Si no está contento aquí, váyase a estudiar a Salamanca!". La hilaridad fue general y yo me sumé, gozoso, al coro de carcajadas.

Anécdotas, sí, pero reveladoras de una concepción patrimonial de la cultura y sus instituciones de parte del gremio de sus titulares, celosos guardianes de sus privilegios y de un saber a menudo vetusto y precario, amenazado por la falta de respeto y "rareza" de cuanto acaece fuera de sus bastiones y prolifera extramuros, bosque de letras en movimiento como el profetizado por las hechiceras de *Macbeth*.

2. La ocultación del saber

La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII, la obra imprescindible de Jean Sarrailh, expone en forma pormenorizada los recursos de astucia desplegados por los científicos y pensadores españoles de la época para insinuar la validez del descubrimiento de Copérnico

sin referirse explícitamente a él y atizar así las iras —o, peor aún, las piras— de los jueces del Santo Oficio. Esta vieja tradición hispana del saber oculto no murió como creen muchos con el fin de la Inquisición, ni salvando de un vuelo más de siglo y medio, con el *exit* de Franco. Subsiste disfrazada, con caracteres menos dramáticos, en numerosos departamentos de humanidades en los que la clerecía que los ocupa se aferra a conocimientos y métodos ya estériles y ve con alarma, como una potencial amenaza, cualquier innovación exterior.

Los estudiantes e investigadores jóvenes y curiosos, con ideas personales y al corriente de cuanto acaece fuera se ven forzados, según me consta por aseveración oral o escrita de los interesados, a disimular lo que saben so pena de ganarse un previsible suspenso. Si ayer había que memorizar las *súmulas* de Santo de Aquino y cubrir con su espeso manto las lecturas de Spinoza o Descartes, hoy los autores y doctrinas condenados a la inexistencia son distintos pero la situación es idéntica. El horror a pensar fuera de los cauces establecidos conduce a la resignación y parálisis intelectual de muchos y a la conjura de silencio en torno a las escasísimas voces críticas que osan alzarse en el campo de las diversas especialidades de la filología e historia literaria patrimonio de los mandarines.

Me permitiré reproducir el testimonio anónimo de una de las víctimas de esta situación de prepotencia y censura que, por sus efectos en las actuales generaciones de universitarios sometidos a un régimen de restricción mental y de saber tullido, podría ser calificada sin exageración de *nueva forma de calamidad pública:*

> Todavía continúa siendo tristemente habitual en el ámbito universitario español la ocultación o no desenvolvimiento de ideas propias, más o menos críticas respecto a las de quienes son los guardias y jueces en el cruce de fronteras llamado entre nosotros oposiciones, paso necesario para "llegar" a ser funcionario, esto es, profesor titular o catedrático y gozar de una privilegiada posición de relativa independencia. Hasta entonces, se hacen "méritos" en calidad de profesores contratados (en la actualidad se denominan *Asociados* y *Ayudantes)* en condiciones de auténtica miseria económica (el sueldo mensual de un profesor asociado a tiempo parcial es de 40.000 o de 78.000 ptas.) e intelectual (a la sombra del cátedro o mandarín de turno, esperando se digne "sacar" a concurso–oposición "tu" plaza, sin apenas opción a ayudas y becas de investigación). En ese atolladero, resulta en extremo contraproducente y arriesgada la exposición y publicación de ideas originales y críticas. Los puestos de poder y responsabilidad siguen ocupados en gran parte por personas y personajes en su mayoría ineptos o maleables.

El desconocimiento y menosprecio de muchas obras "molestas" de nuestra tradición unidos al de cuanto se produjo o produce fuera generan por desgracia una mediocridad satisfecha alrededor de los caciques encastillados en la fortaleza, a veces ruinosa, de su especialidad. En otra ocasión señalé el elocuente silencio de los regidores del saber en torno a obras de la enjundia de *Silva gongorina* de Andrés Sánchez Robayna o *El concepto cultural alfonsí* de Francisco Márquez Villanueva. A estos ejemplos habría que añadir, por citar sólo uno, el de la confabulación —no encuentro otra palabra más justa— urdida para escamotear la renovadora y fecunda *Historia y mito de la gramática transformatoria* de Manuel Crespillo, cuyo posterior ensayo polémico "Teoría del comentario de textos" suscitó una serie de dicterios e infundios *sotto voce* que en tiempos menos dichosos hubieran conducido a su autor a las mazmorras del Santo Oficio. Podría citar algunos otros nombres y libros sancionados, mas detendré mi letanía aquí.

¿Qué diría un Sarrailh redivivo ante un panorama de tanta frustración y angostura? La enseñanza literaria desmedra en España en predios de saber acotado y a menudo caduco, como en un triste sequedal de iniciativas e ideas y la cicatería del presupuesto destinado a las universidades completa la castradora labor. Lo tenido por bueno es viejo y se sepulta lo vivo en nuevos infiernos a acumular rencorosamente el polvo. Los efectos de treinta y cinco años de franquismo subsisten así dos décadas después de la muerte del dictador: las estructuras patrimoniales no han cambiado y, en términos generales, los dueños de prebendas y parcelillas de poder tampoco.

3. Medievalismo y modernidad

Al omitir el análisis de las realidades creadas por el intercambio de lenguas, costumbres, modelos literarios y artísticos y formas civiles de convivencia, el anacrónico encasillamiento de saberes entre latinistas, arabistas y hebraistas obstaculiza el conocimiento cabal de la sociedad y cultura españolas de la Edad Media. Esta nociva deficiencia metodológica abarca y alza muros ficticios en otros ámbitos: vaya de ejemplo la ignorancia recíproca de medievalistas y profesores de literatura contemporánea del área de investigación de sus colegas, laguna o, por mejor decir, gran lago que, de ser subsanados, permitirían a aquellos reivindicar la modernidad, tal como la percibimos hoy, de elementos y obras juzgados remotos, aproximándolos así a quienes se interesan en ellos, y evitaría a los segundos el presunto descubrimiento de novedades que se remontan a veces a más de seis siglos.

Los escasos y mal subvencionados departamentos de literatura comparada son no obstante esenciales a la correcta apreciación de la española en la medida en que su cotejo con otras puede modificar e invertir escalas de valores crustáceas y rígidas. Sólo quien domina distintas culturas alcanza a distinguir la imitación más

o menos feliz de obras y corrientes de fuera de lo que brilla con luz propia en virtud de un *ars combinatoria* de elementos de irrepetible singularidad. Este compartimiento de especialidades, sumiso además a cánones anticuados, es responsable entre otros entuertos del menos precio y desdén que mantuvieron en la gehena del saber erudito a un "mamotreto" de la importancia y enjundia del de Delicado.

Un intercambio fructífero de conocimientos intemporal y plurilingüístico contribuiría a derribar fronteras artificiales y ayudaría a los jóvenes reacios al estudio de obras de otras épocas a arrimarse a ellas con menor dificultad.

Recuerdo que a comienzos de los setenta tuve la feliz oportunidad de alternar mis cursos para estudiantes graduados en la New York University con otros de un escalón muy inferior en el departamento de literatura de una de las universidades más huérfanas del Bronx, cuyo alumnado se componía casi exclusivamente de puertorriqueños. La decana del departamento me advirtió de entrada que debería limitarme al estudio de autores y obras de la isla pues los estudiantes, me aseguró, no se interesaban por los del resto de Iberoamérica y, menos aún, España. Cuando le dije que consagraría mis clases a *La Celestina* rompió a reír con risa reventona: "El primer día del curso tendrá usted los veinte y pico inscritos; el segundo, la mitad y el tercero, ninguno." "Vamos a ver", repuse. Compré por mi cuenta dos docenas de ejemplares de una edición barata de la tragicomedia y en la fecha inaugural del curso los distribuí entre las alumnas y alumnos. "El autor de esta obra, les dije, tenía la edad de ustedes cuando la compuso. Como ustedes, era súbdito de la mayor potencia imperial de la época y pertenecía igualmente como ustedes a una minoría discriminada como la de los puertorriqueños en Estados Unidos. El libro es la tragedia de un amor enfrentado a las normas y valores de una sociedad tradicional rígida."

El cursillo, a su manera, fue un éxito. Ningún estudiante desertó del aula y todos leyeron a Fernando de Rojas con seriedad e incluso apasionamiento. Los lances de la obra les evocaban episodios similares acaecidos en Puerto Rico: la vecina de una joven se había inmolado por amor como Melibea; un día cogí un taxi en Manhattan cuyo chofer, casualmente un estudiante inscrito en el curso, permanecía al volante en la parada enfrascado en la lectura de *La Celestina*. Las composiciones de fin de semestre pecaban desde luego de ingenuas, pero nadie se substrajo a ellas. "En las relaciones entre el hombre y la mujer el papel de la mujer es muy importante", escribió un *melibeo* apuesto de bigotico y perilla. La frase —y la risa irresistible que desencadenó— recompensaron con largueza mi empeño.

¡Los puertorriqueños marginados del gueto podían leer con provecho la obra de Rojas! Esta prueba maciza de su universalidad apuntaba a los culpables de su lejanía y distanciamiento: a los profesores incapaces de adaptarse a las condiciones sociales y culturales del alumnado y de tener en cuenta su inestable condición de emigrados a horcajadas de dos mundos ni su mediocre nivel educativo.

¡Calixto y Melibea o los amantes de Mayaguey! Alguien me expuso la idea de musicalizar la tragicomedia y convertirla en otra *West Side Story*. Lamento que su ilusión no cuajara: habría sido el mejor homenaje popular, a cuatrocientos setenta años de distancia, al bachiller de La Puebla de Montalbán cuyo "cuento de horror", según palabras de Gilman, fue la respuesta al horror que le cupo vivir desde el desabrigo y vulnerabilidad de la infancia.

4. Magister dixit

Una breve ojeada al pasado nos ayudará a comprender el presente. Los males que expongo no son exclusivos de España ni de nuestra época: existieron y existen en todas las sociedades literarias apiñadas en las que la lucha por el favor de los poderosos y el deseo de ascender en el escalafón se entremezclan con la envidia, el mal gusto, la vanidad y el cálculo. Los autores más independientes y aislados, carentes de arrimos y cuya obra molesta son así el blanco del ataque de esos mandarines clarividentes que cubrían de guirnaldas a Arsène Houssaye —novelista y redactor jefe del influyente periódico *La Presse*— y sometían a un puntual e implacable varopalo al autor de *Madame Bovary*.

Repasemos a título de ejemplos los dictámenes de que fue objeto *La Regenta* en el momento de su publicación: "Es menester proclamarlo muy alto. Clarín es uno de los escritores más incorrectos y menos castizos de España (...) su estilo adolece casi siempre de graves defectos de sintaxis o de construcción." "Es, como novela, lo más pesado que se ha hecho en todo lo que va de Era Cristiana (...) un novelón de padre y muy señor mío [escrito] por supuesto, en un estilo atroz y plagado de galicismos y otros defectos de lenguaje." "Disforme relato de dos mortales tomos [...] delata en su forma una premiosidad violenta y cansada, digna de cualquier principiante cerril." "La mayor parte de los capítulos de *La Regenta* producen un sueño instantáneo, tranquilo y reparador. El insomnio más tenaz cede con un par [de ellos]", etcétera. Cincuenta años después, el "inmortal" señor Cotarelo aseguraba muy ufano que Valle Inclán carecía de méritos para ingresar en la Academia que él presidía a causa de sus incorrecciones y rarezas de estilo.

Contra gustos no hay disputas, dice el refrán. Pero fundar la tarea crítica en gustos y disgustos, amores y antipatías conduce a emitir juicios desatinados y perentorios como los que acabamos de desgranar. Oímos a

menudo, como argumento indiscutible, "Joyce o Proust o Lezama Lima me aburren". No dudo de que la lectura de sus obras y de textos como *El criticón o Soledades* hastíen a muchos lectores, salvo a los peyorativamente designados "escasos y fervientes"; mas ello no obsta a su indemne rigor y belleza. Los humores del crítico muestran sólo que la inteligencia y capacidad de análisis no proceden del vientre ni tampoco del hígado. Elevar prejuicios y sentimientos viscerales a categoría de método es sumarse a la clerecía de los Bonafoux, Siboni, Dionisio de Las Heras y el Padre Blanco García ejecutores de *La Regenta* y a los Saint Victor, Sarcey y Saint René Tellandier cuando reprochaban a Flaubert su falta de composición y diseño, aburrimiento e ilegibilidad. Inútil decir que los supuestos dictámenes no condenan ni afectan a las novelas incriminadas: reflejan, patéticamente, la incultura mostrenca, la arbitrariedad y la miopía de sus autores.

El creador debería desconfiar por principio de los ataques y alabanzas de sus contemporáneos. Éstos no suelen tener en cuenta la substancia de la obra sino las simpatías o animadversión que el autor concita. Si los prejuicios morales y estéticos indujeron a un polígrafo de la talla de Menéndez y Pelayo a escribir lo que escribió sobre *La lozana andaluza* y a ensañarse ciegamente en Blanco White, ¿qué cabe esperar de jueces de menor fuste que, guiados por sus humores, ignorancia o estrategias tribales, aventuran opiniones negativas o entusiastas sin disponer de los elementos necesarios para pronunciarse? Lo ocurrido con muchas obras innovadoras del pasado debería incitarles a la prudencia. Pero la amnesia se repite a lo largo de la historia. Las inepcias de ayer son las mismas de hoy y serán las de mañana. Hay que aprender paciencia y aguardar serenamente la hora en la que los creadores y los que les demolieron con plumas como lanzallamas estén unos y otros criando malvas para una valoración ecuánime de la obra de los primeros, de su contribución a la florescencia y ramaje del árbol de la literatura. A veces, la espera es larguísima. Góngora no fue leído durante más de tres siglos. La resurrección de *La lozana* se demoró cuatro y medio.

5. Opiniómanos

La endeblez real de la literatura se disfraza a menudo entre nosotros, como en Francia, con el ajetreo y oropeles de la vida literaria. El ritmo vertiginoso de las presentaciones, coloquios y charlas justifica en verdad el madrileñísimo nombre de *Movida*. El público puede disfrutar a diario de la presencia de ídolos mediáticos, ganadores de premios, promotores histriónicos de sus propios productos e incluso, más espaciadamente, de autores aislados, retraídos y ariscos como es el caso de José Ángel Valente o el mío. Entrada gratuita, lleno asegurado. Una pregunta quema no obstante los labios: ¿aumenta esto el nivel de la literatura?

Los fuegos fatuos del pantano o camposanto no se reducen a ínsulas tan exquisitas. Quienes no pueden correr de acto en acto, presentar y ser presentados, acaparar espacios televisivos, reiterar discursos fiambres, apuntarse a todas, cultivar obsesivamente su imagen retocada e invertir en ello unos dones artísticos de los que adolecen desdichadamente sus libros, disponen además de la posibilidad de dispersar a través de las ondas el rocío odorante de su palabra. En el recogimiento y sosiego de unos estudios insonorizados, propicios al rigor conceptual y la germinación de ideas, los tertulianos opinan a sus anchas de lo divino y humano, piropean o atacan, lanzan sus flechas o cubren de flores a amigos y enemigos. Estrategias de matrero jugador de ajedrez se combinan con mañas de florentino arribismo y rústica visceralidad. Hay Catedráticos de Tertulia, Críticos de Tertulia, Filósofos de Tertulia, Poetas de Tertulia y Tertulianos químicamente puros, cuya razón de ser, elevada a imperativo categórico, es la *opinionitis*. Los *opiniómanos* gozan de la portentosa facultad de poder ensalzar o destruir una obra sin haberla leído: cuanto tocan se convierte en materia opinable en virtud de una mirífica ciencia infusa. Las onda radiales nos ponen así en contacto con una asamblea de doctos, expertos en todas las ciencias y artes que, desde los rubores del alba a los dudosos términos del día —e incluso de sobrecena—, nos deslumbran con su sabiduría y conocimientos, hondura de análisis y argumentación florida.

Otra particularidad nuestra: en ningún país del mundo existen tantos y tan bien dotados premios como en el estado de las Autonomías (al extremo de que resulta difícil dar con un autor hábil y de reiterativo discurso que no acumule media docena de ellos). Dejando de lado los privados y sus naturales y distintos criterios de rentabilidad, advertiremos que la intervención del Estado en tal lotería, en vez de paliar las inevitables desigualdades creadas por las leyes del mercado entre el texto literario y el producto editorial —por ceñirnos ahora al caso de la novela—, actúa en función de criterios gremiales y se somete al "fiero sufragio universal" (Menéndez Pelayo *dixit*) de los defensores de lo establecido.

En lo que toca a los autores españoles, cualquiera que fuere su especialidad, el valor de la obra no cuenta sino a medias: importa más la fidelidad del galardonado a la escala de valores consensuada por los jefes de la tribu, la "destreza social externa" de la que habla Cernuda, el nadar conforme a la dirección de la corriente, el halago a las figuras y figurones que tienen la sartén por el mango a la hora de distribuir lauros y larguezas.

¿Por qué fue olvidado hasta su postrimería la "excéntrica" pero admirable labor de Julio Caro Baroja y

se coronó la obra de críticos, poetas y novelistas menores o anodinos? La ingente empresa, solitaria y tenaz de un Márquez Villanueva, ¿no merece *cervantes* aun desvalorizados por su frecuente mal uso?

Releamos a Blanco White, Clarín y Cernuda y encontraremos la llave de muchos enigmas. Como decía Larra a la España de su tiempo, "¡para usted no pasan los días!" Para la nuestra, tampoco. Resignémonos pues: somos nosotros los que pasamos.

6. Juegos parnasianos

En uno de esos sondeos de riguroso valor científico (en los que no inciden las modas, estrategias de promoción, envidias, amistades, oportunismo ni antipatías) realizado hace algunos años por los responsables de la sección literaria de *El País* tocante a los diez mejores novelistas de la posguerra, comprobé sin sorpresa alguna que, en razón de mi obra escasa y endeble, no figuraba en la lista de los selectos. Pero si dicho sondeo me confirmó de un lado en lo que ya sabía, me sumió del otro en un inextricable laberinto de dudas.

¿Cuál sería, Dios mío, mi puesto exacto en el estricto y justiciero escalafón? ¿El nonagésimo? ¿?El 121? ¿El 302?

¿Reunía méritos para ser incluido por ejemplo en una eventual Antología de los Cien Mejores Narradores Contemporáneos de las Autonomías como aquella de los *Cien mejores cuentistas guatemaltecos de hoy* que en mis años mozos adquirí en el Rastro? ¿Ocuparía tan sólo un modesto lugar de tres cifras en el censo de los moradores del Parnaso? ¿Alcanzaría a igualar los merecimientos de un Baltasar Porcel o un Sánchez Dragó?

Algunos números me inquietaban: si resultaba ser el vigésimo tercero, como el papa Juan XXIII, ¿no correría el riesgo de ser muy desfavorablemente cotejado con él y sufrir la humillante denominación del Chico en contraposición al Grande? Si quedaba en el trigésimo tercio lugar, ¿no se me tildaría de pretencioso, dado su connotación mágica y coincidencia con la edad de Cristo? Las cifras bailaban en mi cabeza con su nebulosa de imponderables y secuelas fortuitas. Como ese lector rijoso que al consultar los anuncios breves de un diario, sección servicios, vacila, aturdido, entre "cachondas", "infieles", "mojadas", "húmedas", "comelonas", "gargantas profundas", "excitadas", "tragonas", "superdotadas" o "ardientes", así recorría *in mente* el abanico de posibilidades abiertas a mis entecos dones de escritor. Víctima de tanta incertidumbre, daba vueltas y más vueltas en el lecho. ¿Cómo conciliar el sueño frente a un insondable destino?

Cuando desfallecía de duda y desconsuelo, un nuevo e infalible sondeo de todas las fuerzas vivas de la cultísima sociedad hispana —obra de un digno y veterano periódico de la capital— acerca de los Cincuenta mejores escritores vivos de la lengua española, me arrancó felizmente al piélago de mi perplejidad. Conozco al fin mi verdadero lugar: ¡el trigésimocuarto! Entre mis admiradísimos José María Gironella y Mercedes Salisachs, ¡soy Juan XXXIV! La noticia me supo a gloria y me colmó de dicha. Después de un largo purgatorio de espera los progresos de la demoscopia señalaban sin lugar a dudas el puesto (¿sillón, triclinio, colchón acuático?) que ocupo en el Parnaso. ¡En adelante podía ser conocido por Juan XXXIV y autentificar mis libros y artículos con ese noble título de nimbo dinástico o pontificial!

(Recuerdo que en 1960, un sondeo similar entre jóvenes escritores cubanos eliminó pura y simplemente a Lezama Lima del Parnaso isleño, ignoro si temporalmente o a perpetuidad.)

¡Lástima que estos métodos de mesuración y jerarquización de los méritos no fueran conocidos en pasados siglos! ¡Qué alivio para los profesores de literatura si pudieran disponer de listas esclarecedoras como las que hoy se publican! Ello les dispensaría de evaluaciones y juicios arriscados, con el consiguiente peligro de pillarse los dedos y quedar en ridículo. Pues si hoy pisan en terreno sólido, avalado por encuestas irrefutables, su visión y análisis de los autores del XVI o XVII; ¿no se fundan acaso en bases quebradizas? ¿Cuál habría sido el puesto de Fernando de Rojas, Fray Luis de León, Mateo Alemán o del propio Cervantes en una demoscopia de aquella sociedad linajuda y castiza? ¿Cómo sopesar las virtudes y defectos de tales autores a partir de sus obras, sin el concurso precioso de la opinión pública y las encuestas científicas? Sólo el caso de Lope de Vega no ofrece dudas: *¡the number One!*

7. De especie protegida

En dos opiniones publicadas el pasado año en *El País*, Luis Landero y Antonio Pérez–Ramos abordaban con una gravedad embebida de ironía o fría clarividencia el desmantelamiento de la enseñanza literaria en los institutos y la degradación imparable de nuestra lengua. Su voz de alarma ante la trivialidad venal, la substitución de la cultura por su simulacro, el conformismo borreguil y el abandono de la ascesis inherente a la creación por la gárrula iconografía mediática ilustraba la impotencia angustiada del artista inmune a los espejismos y trampantojos de una modernidad incontrolada e irracional, de un supuesto *mundo feliz* de irresponsabilidad ilimitada.

¿Qué hacer frente al histrionismo, pasarela de gala, cultivado empobrecimiento moral y mental, desertización del paisaje humano, simonía del don, devaluación incesante de la palabra?

La literatura es producto del hombre integral y se dirige al universo integral, dije en otra ocasión parafra-

seando al escritor bosnio Tzevad Karahasán: es fruto del hombre material y espiritual, sutil y craso, compuesto de razón y de instinto; obra del hombre en el que anidan los sueños y el anhelo inconfesado o confeso de trascendencia y cuyo agnosticismo racional se complementa con la inteligencia intuitiva del corazón. La busca del éxito inmediato y el aplauso fácil excluyen lo inmerso y anónimo en la creación, aquella labor humilde y recatada por la que el artista y poeta no serán recompensados nunca.

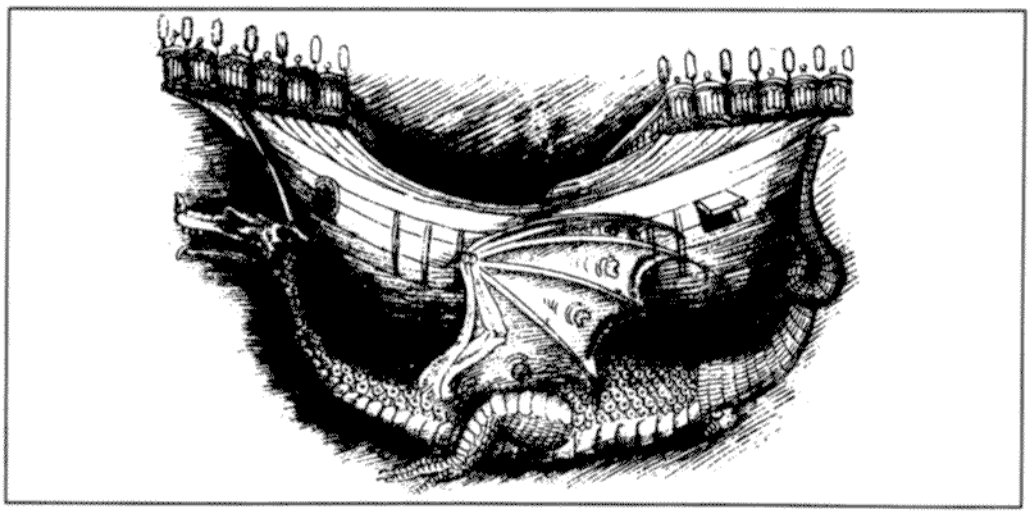
En el centro de la berlinesa Alexander Platz, protagonista de la espléndida novela de Alfred Döblin y arrasada después por los bombardeos aliados al fin de la Segunda Guerra Mundial, las autoridades de la difunta República Democrática Alemana alzaron una gigantesca torre circular, visible siempre desde el otro lado del Muro, que albergaba su antena de televisión estatal y un restaurante panorámico giratorio desde el que los clientes disfrutan, segmento por segmento, de una vista privilegiada sobre la ciudad. Junto a los descampados y ruinas, bloques de vivienda grises y desangelados, reconstruidos, se diría, con cicatera maldad, conforme a los cánones de una estética de fealdad sañuda, el visitante encaramado a la cima puede contemplar también los tejados rojizos de unos pocos edificios prusianos del siglo XVIII que escaparon indemnes al fuego y devastación. Simétricos, armoniosos, trazados con un rigor y exigencia insólitos, su perfección sólo puede ser captada desde arriba.

Una conciencia artística y profesional llevada a tal extremo me conmovió. ¿Habían previsto acaso sus artífices que siglos más tarde centenares de personas atalayarían a diario su obra desde el avieso descubridero de cemento erigido como símbolo de un sistema caduco y condenado también a la ruina? ¿Habían intuido la invención de aviones y artefactos celestes, de instrumentos de visión y fotografías aérea? ¿O trabajaron sencillamente para Dios y sus ángeles, inflamados por la fe que iluminaba sus vidas? ¡Tanta belleza y rigor destinados a permanecer incógnitos eran en cualquier caso fruto de artistas cuyo anhelo de perfección agregaba a lo perceptible por sus conciudadanos una parte preciosa y secreta, vedada, sin intrusos, territorio del sacrificio a lo sagrado, pura llama de amor sin retribución alguna!

Idéntico empeño abnegado y silente, de quien alquitara el verso y se enzarza con él en tenaz cuerpo a cuerpo, busca la ingravidez de la materia verbal y el peso específico de la palabra es la substancia misma de la literatura. No importa que el miope no la advierta y admire a moco de candil lo barato: esfuerzo no rentable, impuesto por una exigencia íntima será reconocida quizá, mero azar, años o centurias más tarde.

Lo sumergido en la obra literaria la mantiene a flote como el iceberg: la nitidez y fulgor manifiestos no existirían sin ella. No obra muerta, como se dice del buque, sino callada sustentación: núcleo irreductible a la superficialidad de la imagen, densidad, espesor, radicalidad salvífica.

No importa que quienes sostienen el rigor ético de toda creación estética sean cada vez más escasos. Con uno solo bastaría. Su rareza y condiciones de subsistencia difíciles deberían inducir no obstante a un eventual Ministerio del Medio Ambiente a declararlos desde hoy *especie protegida*.



Casco de navío portado por un dragón visto de perfil